

—Traigo en la bolsa una boleta de ejercicios para una hija mía de confesión que debe entrar mañana, no le he puesto todavía el nombre á la boleta y...

—¡Magnífico! exclamó doña Rosario.

—Efectivamente es una idea luminosa, dijo la tuerta.

—¿Con qué mañana?

—Mañana.

—¿Pero Mercedes se prestará? dijo la tía.


—Según dicen, la pobre de mi hija está dispuesta á todo.

—Sí.

—Pues entonces...

—Yo me encargo de preguntarle, voy en el coche á consultar su voluntad y vuelvo.

Veamos entre tanto lo que pasaba con Angelita.



CAPÍTULO XII.

De la manera con que Chucho el Ninfo se cubre de Gloria.

HUBO un veranito en la casa de Gonzalez, pero este verano era el precursor de la tempestad.

Gonzalez, arrepentido interiormente de su infidelidad y encontrando en la afabilidad de Angelita un tierno llamamiento al orden, se propuso buscar la paz y el bienestar en la única fuente posible para un casado: en el hogar doméstico.

Inauguraron la paz con un almuerzo al que concurrieron la familia de An-

gelita, el padre Martinez, Perez, Chucho el Ninfo, y Elena, quien cuidó de no hacer concurrir á los niños Aguados.

Pocos días antes Chucho el Ninfo rodeado de su cohorte de pollos callejeros, había recibido en su ánimo un nuevo impulso que le obligó á tomar medidas extremas.

—Sentimos que estés de malas, le decía un pollo.

—¿Por qué?

—Porque se te acortan los recursos en tu ramo de mugeres casadas.

—No, no tanto, dijo Chucho viendo venir el chubasco.

—¡Cómo no! Tú encantadora Mercedes está en ejercicios, que yo la ví, se está purificando una vez por todas y esta conquista se aguló.

—Y en cuanto á Angelita, agregó otro pollo, se va á celebrar con un al-

muerzo, su reconciliación con el marido. ¿Estás convidado?

—Por supuesto.

—¿Y vas?

—Primero falta el vino que yo.

—¿A presenciarse tu derrota?

—No, á triunfar.

—¿A triunfar? que presuntuoso, estás vencido, chico, estás vencido.

—No lo crean ustedes. Ya se ve, en materias de amor, sois muy niños.

—Véngate de nosotros como gustes, pero estás derrotado.

—Ya veremos.

Chucho se separó de sus amigos, extraordinariamente contrariado, porque le habían dicho la verdad, y se puso á hilvanar un proyecto estupendo que la casualidad vino á hacer más negro todavía.

Chucho recurría al arbitrio de aturdirse, segun él decía, cuando le suce-

día algo, y tuvo una cena de cuya descripción nos libran ciertas consideraciones.

Chucho habló con Concha.

Esta enteró á Chucho de sus amores con Gonzalez. Chucho guardó aquellos datos, como si se hubiera echado en el bolsillo un frasco de ácido prúsico, y en seguida se manifestó espléndido con Concha, quien á su vez encontró en esto á Chucho muy de su gusto.

Llegó el día del almuerzo, reinó en él la mayor cordialidad: y las tías de Angelita, las cartilaginosas tías se sentaron juntas, para darse de codo; pues como todo lo sabían, se estaban gozando en que aquella reconciliación fuese para alejar á Chucho el Ninfo, á quien según las viejas no le quedaba más recurso que dirigir sus tiros á otra parte.

—Parece que nuestro santo, el se-

ñor san Judas Tadeo de mi alma, se ha portado como quien es.

—Sí, yo me muero por él. ¡Qué capaz que se le fuera ésta ¡vaya! en más graves casos, nunca se ha quedado sin hacer el milagro!

—Le mandaré decir una misa, que bien lo ha ganado.

—Aquí es donde yo quiero ver á los impíos; se quedarían con la boca abierta.

—¡Milagro más patente!...

—Porque, de fijo, Chucho toca retirada.

—La conciencia, hermana, la conciencia.

Doña Rosario hacía señas á sus hermanas, y estaban las tres ancianas que no cabían en sí de gusto.

En la noche de ese mismo día, la sala de la casa de Gonzalez presentaba un cuadro opuesto al de la mañana.

Angelita lloraba reclinada en un sofá y Gonzalez se paseaba furioso.

—Bien decía yo, exclamaba Angelita; quien había de ser, sino una muger perdida, la que me roba tu amor? ¿quién sino esa Concha, la ojona, la ordinaria, la que te quita de mi lado? ¡hipócrita! pero eso sí; esta será la última; esto no tiene remedio. Mañana estaré yo en mi casa y todo el mundo sabrá que clase de sugeto es usted. ¡Ay Dios mío, que desgraciada soy!

Gonzalez á quien se le había caído el gozo en el pozo, recurrió primero á la energía y á las amenazas, é hizo admirablemente el papel de hombre resuelto y de carácter enérgico.

La luz de la aurora sorprendió al matrimonio en plena guerra; y en las primeras horas de la mañana llegó el refuerzo de la casa de Angelita. La tuerta traía el estandarte del escándalo.

—Déjame á mí, le decía á doña Rosario, ya sabes que soy mujer de recursos; y desde luego me ocurre que supuesto que Dios nos ha inspirado la idea de poner á Mercedes en la casa de ejercicios, y supuesto tambien que aun no se acaba la novena de san Judas Tadeo, es claro, clarísimo, que el camino que debemos seguir es el mismo; y de esta manera habremos puesto fin á tanto escándalo y nos descartaremos para siempre del... jovencito, del D. Jesús condenado.

—¿Pero crees tú que Gonzalez pase por entrar á ejercicios?

—¿Por qué no? ya lo verás:

—Pues anda; y que Dios te ilumine.

Debemos decir en obsequio de la sagacidad de la tuerta, que cumplió su misión admirablemente: Angelita ofreció aceptar á su marido, con la

condición de recibirlo purificado y santo después de los ejercicios.

Gonzalez se resignó por su parte, y algunos días después, Angelita hacía los preparativos para enviar al pecador de su marido á hacer penitencia por nueve días.

—¡Aleluya! gritó la tuerta, el primer día de los nueve en que Angelita iba á estar sola. Van dos milagros que nos hace en uno mi querido señor San Judas Tadeo, á quien veo como á las niñas de mis ojos. En primer lugar, nos ha quitado á ese D. Jesús, el elegante, de la casa de Mercedes; porque yo supongo que despues de los ejercicios y con el mal modo que todos le hemos puesto, no aportará más por la casa; y todo esto, según lo tiene de costumbre mi santo de mi alma, antes de que se acabara la novena; y el segundo milagro es, haber quitado á

Gonzalez del lado de esa..... ¡Ave María Purísima!..... ya iba á decir la palabra; de esa..... infeliz! porque no son otra cosa esas mujeres, que hasta animales me parecen.

—Efectivamente, dijo doña Rosario, muy convencida del poder de San Judas; y aun hay más que agradecer á su Divina Magestad, y es, que de nada de esto se haya apercebido el pobre de mi marido, que moriría seguramente de un derrame de bílis si llegaran á sus noticias las atrocidades que han pasado en estos días, y que á la verdad, no sé como he tenido serenidad para aparentar delante de mi marido tanta calma.

—En cuanto al seductor ya nada tenemos que temer, dijo la tuerta, porque aun cuando siga visitando á Angelita, ahí me las den todas; esa no es Merced, porque esa sí es una mucha-

cha arreglada, que no ha dejado de confesarse y de hacer sus comuniones.

—Eso sí, exclamó doña Rosario, me cabe la satisfacción de que mi hija Angelita ha seguido siendo buena cristiana, y tengo una confianza en su juicio y en su honradez, que muy pronto, ya lo verás, va á poner al Chucho en la puerta de su casa.

—Yo entiendo, dijo la tuerta, que con todo lo que ha pasado, bastante debe comprender que está de sobra el angelito, y tomará su portante.

Esta previsión de la tuerta, era la que menos había de realizarse, pues Chucho, animado por la misma Angelita, veía abierta una brecha á sus ataques.

Efectivamente, Chucho se consagró á Angelita, con toda la insistencia y tenacidad que le conocemos.

Angelita, fiel á su propósito de librar

á Mercedes de aquel amante tan peligroso, y creyéndose cada vez más segura en las resoluciones que llevaría á cabo después, dijo á Chucho:

—Pues bien, pongo una condición.

—¿Cuál?

—Que jamás vuelva usted á ver á Mercedes.

—¿Y á ese precio me amaré usted?

—Si, dijo Angelita, jugando con la verdad y sin temblar.

Chucho oyó aquel *sí* conmoviéndose profundamente, contra su costumbre; porque como la vanidad era el móvil de su amor, ésta estaba plenamente satisfecha.

Chucho cayó á los pies de Angelita, y se dejó llevar del torrente de sus ideas amorosas; se le hubiera desconocido, porque estaba elocuente; y lo que es más, ardiente y poético: tal vez sentía Chucho por la primera vez un

arrebató semejante, y las más dulces imágenes, las más risueñas perspectivas descorría, con desusada locuacidad, á la vista de Angelita. El amor pintado por Chucho en aquellos momentos, tenía tan extraño prestigio, ejercía una influencia tan nueva en el ánimo de Angelita, que ésta lo escuchaba absorta.

Al principio, solo su vanidad respondió á las primeras palabras de Chucho; pero á medida que éste hablaba y su acento iba tomando el carácter ingenuo y la marca de verdadera pasión, Angelita comenzó á sentir algo enteramente nuevo en todo su sér, que la ponía á merced de aquella fascinación desconocida.

Le sucedió una cosa muy rara: se olvidó de Gonzalez, de su familia, de todo el mundo; y como en un sueño se concentró toda en aquel amor que bro-

taba, inundándolo todo con sus rayos deslumbradores.

Era aquella una de esas horas fatales en que todo calla á nuestro alrededor, en que no surge ni el más ligero obstáculo, ni la más trivial interrupción; ni una tos, ni un sonido, ni un reloj que dé horas, ni una puerta que rechine, nada, en fin, que turbe ese silencio soporoso, pero lleno para los actores de aquella escena, de esos rumores extraños, de esos ruidos que todo lo absorben, porque son la sangre que afluye al corazón haciéndolo palpar violentamente.

No parecía sino que en aquella sala modesta, pero agradablemente tapizada, iluminada por una sola luz opaca y medio velada por un ramo de flores; no parecía, decimos, sino que en las largas sombras que proyectaban los muebles y que se extendían por las pa-

redes, estaba ese diablo de las conquistas que suele deleitarse con las escenas de amores terribles; ese diablo familiar de los salones que destapa los pomos de la esencia de rosa, que hace crujir la seda, que alumbra con la luz azul de sus pupilas un seno blanco que ondula como una góndola mecida por la brisa sobre un lago; ese diablo cortesano que alza, sin que nadie lo vea, la orla de un vestido y hace exhibir un pie calzado con blanquísima seda; diablo que sabe por que medios se humedecen los ojos y se les hace brillar como las estrellas, que sabe dejar caer un rizo de sedoso cabello sobre una frente que se estremece; diablo que envía el aliento de una boca á los labios de otra entreabierta por la más dulce de las agonías.....

Ese diablo estaba allí...

El recogió en la palma de su mano

amarilla unas cuantas lágrimas de Angelita, y contrajo su angulosa fisonomía con una sonrisa dedicada á Chicho el Ninfo, cuando éste pensó á sus solas que aquella noche se había cubierto de gloria.

